



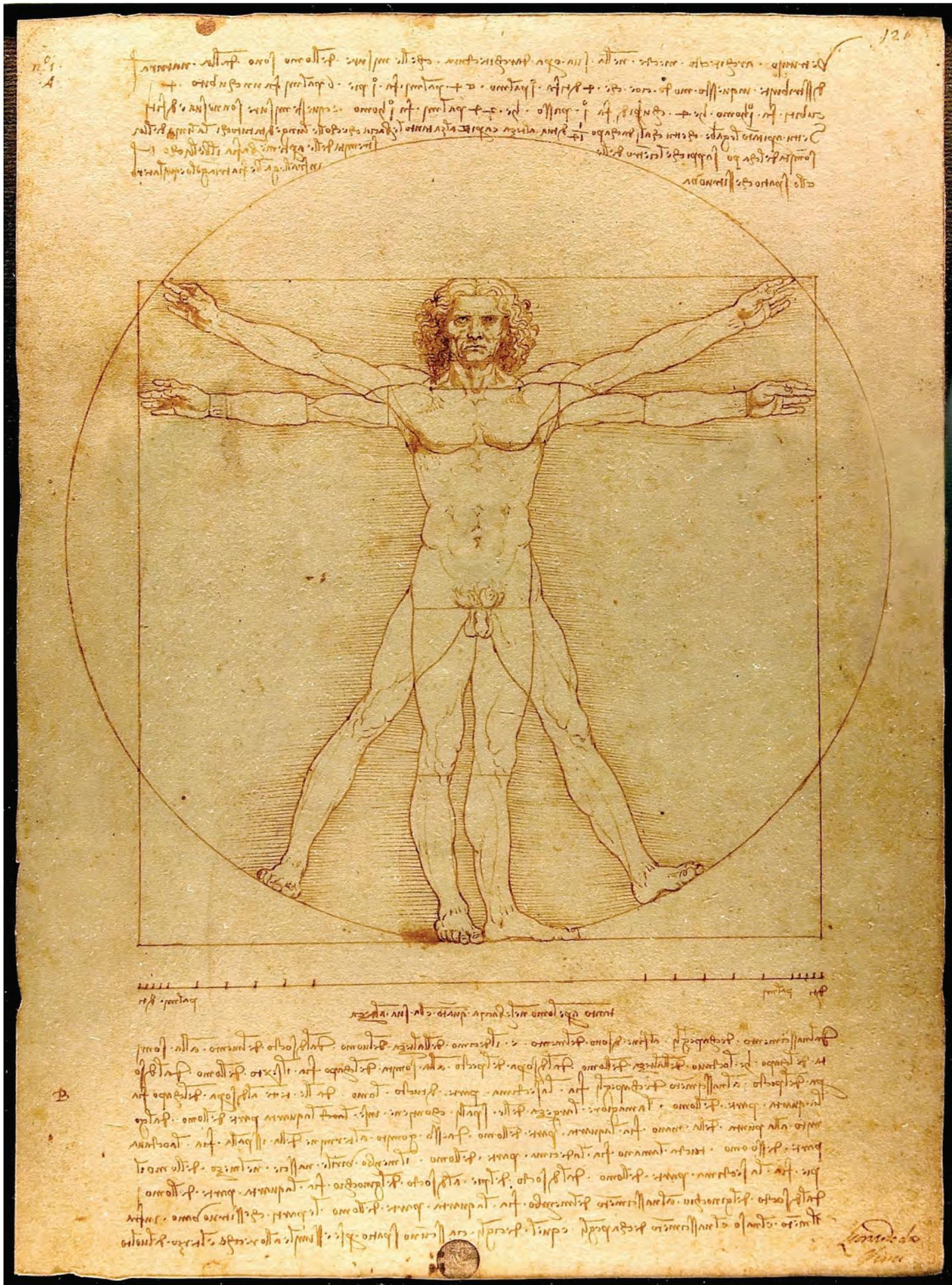
FIGURA CENTRAL DEL HUMANISMO FLORENTINO, el conde Pico della Mirandola (1463-1494) escribió en 1486 la *Oratio de Hominis Dignitate*, prólogo de las 900 tesis que intentaba exponer al año siguiente en Roma. Su proyecto fue vano, pues los consejeros del pontífice romano declararon heréticas la totalidad de las tesis. Ante la amenaza de excomunión, prisión y condena, el conde Pico huyó a Francia. De nada le valió, pues allí fue encerrado por más de un año, hasta que Savonarola le ofreció su amistad. A los 31 años murió, cuando el Papa ya le había levantado la excomunión. Esta traducción libre de la primera parte de la *Oración* se ha basado en la edición bilingüe publicada por Philip Potdevin en Bogotá (Ediciones Opus Magnus, 2002). El movimiento humanista se hace arrancar de la obra de Petrarca (1304-1374), recogida por sus discípulos en la Florencia de comienzos del siglo XV, ciudad que se convirtió en el centro del “renacimiento” cultural basado en la recuperación del espíritu de la Antigüedad a través de sus textos. El elogio del hombre adquiere su mayor prestancia en esta *Oración* porque se funda en la libertad de elección de su posibilidad de existencia, una idea desarrollada plenamente en la obra de Heidegger. Aquí solamente se publica la parte inicial, en la cual se expone esta idea central de todo humanismo, básica para el diseño de cualquier proyecto educativo que quiera emprenderse en Santander.

He leído, ilustrísimos Padres, en los monumentales textos árabes, que Abdala el sarraceno, al ser interrogado sobre cuál era, en la escena del mundo, la obra de mayor admiración, respondió que no hay nada más admirable que el espectáculo humano. Lo cual confirma la sentencia de Hermes Trimegisto: “Grande, oh Asclepio, es ese milagro llamado hombre”.

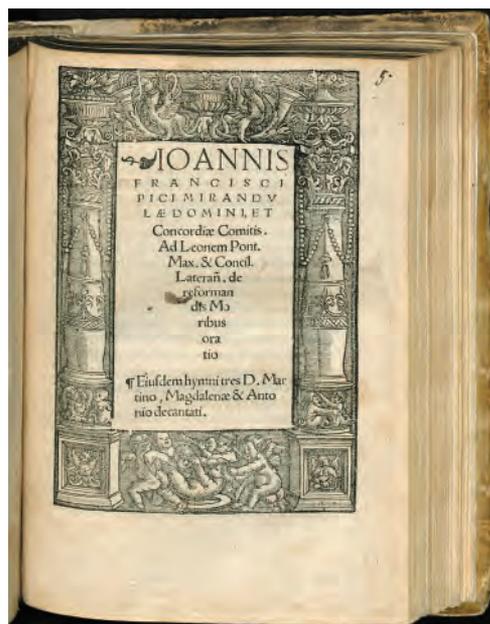
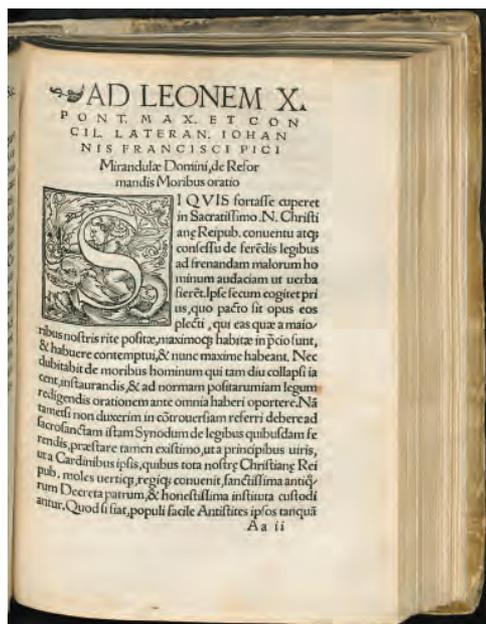
Sin embargo, cuando reflexiono sobre los fundamentos de estos razonamientos, no me satisface por completo esa prestancia que se atribuye a la naturaleza humana: esa capacidad humana para anunciarse entre las criaturas del mundo, esa familiaridad con lo superior, esa regencia sobre las criaturas inferiores, esa perspicacia de sus sentidos, esa indagación racional, esa ilumi-

nación de su inteligencia, esa interpretación de la naturaleza. El hombre ha sido situado en los intersticios del flujo continuo del tiempo y, según los persas, es cópula mundanal, himeneo nupcial, incluso, según David, apenas un poco inferior a los ángeles.

Grandes son estas razones, pero no suficientemente importantes para satisfacer la suma admiración que le otorga un derecho privilegiado al Hombre. ¿Por qué no admirar, mejor, a los ángeles y a los beatísimos coros celestiales que habitan el cosmos? He comprendido finalmente por qué el Hombre es la más afortunada de todas las criaturas y la más digna de toda admiración, y cual es su condición y sitio en el conjunto universal, envidiado por las bestias, los astros y las inteligencias existentes más allá de los confines del mundo. Se trata de una cosa increíble y



El famoso dibujo de Leonardo da Vinci, el Hombre de Vitruvio sobre las proporciones del hombre está basado en las indicaciones dadas en el tratado *De architectura* de Marco Vitruvio Polión. El dibujo se conserva ahora en la Galleria dell'Accademia, en Venecia.



maravillosa. ¿Por qué? Porque el Hombre es, con todo derecho, el máximo milagro y el animal más perfecto y admirable de cuantos existen. Escuchad entonces, Padres, y oíd con benignidad cuanto pretendo demostrar, dada vuestra humanidad.

Ya Dios Padre, el gran Arquitecto, había fabricado este mundo que habitamos y vemos, el más augusto templo divino, según los arcanos reunidos por su sabiduría. Había adornado con inteligencias las regiones supercelestes, había hecho crecer ánimas eternas en los globos etéreos, había poblado con toda clase de animales todas las partes del mundo, incluso las más estériles y poco fértiles. Pero, una vez concluida esta obra, el Artífice decidió que debía existir alguien que pudiese examinar racionalmente su sentido, que pudiese amar la pulcritud con que fue hecha y admirar su magnitud. Fue así como, terminada toda su labor –según los testimonios de Moisés y de Timeo–, pensó en crear, por último, al Hombre. En verdad es que para entonces ya no quedaba ningún arquetipo según el cual pudiese modelar su nueva criatura, pues ni siquiera en su tesoro había algo que pudiese donar al nuevo hijo como su herencia propia, ni había ya un subsuelo

libre para que esta criatura pudiese asentarse como contempladora del Universo. Todo estaba ocupado, todo había sido distribuido entre las infinitas órdenes. Pero no estaba en la potestad paternal fallar en esta última hechura, ni vacilación, ni falta de sabiduría o de consejo en esta cosa necesaria. No era propio de su benéfico amor, de la divina liberalidad que adoramos, que fallase aquí su meditación.

Fue entonces cuando el Máximo Artífice, sabiendo que no podía darle a esta criatura algo que fuese suyo propio, decidió que sería algo común, tomado de todas las cosas singulares y propias de las demás. Tomó entonces al Hombre, obra suya imaginada como de naturaleza indeterminada, lo puso en medio del mundo, y le dijo: “No te he dado sede, ni figura propia, ni menos algún peculiar don específico, oh Adán, con el fin de que seas tú quien de manera libre escojas, bien por tu voluntad o bien por tu juicio, lo que tendrás y poseerás respecto de tu sede y de lo que harás”. Y agregó: “La naturaleza de las otras criaturas ya ha sido definida según las prescripciones de las nobles leyes que la constriñen. Para ti, en cambio, no habrá coerción irremediable, pues

será tu propio arbitrio, que he puesto en tus manos, el que predefinirá lo que serás. Te he puesto en medio del mundo para que desde allí contemples, con comodidad, todo cuanto éste contiene. No te he hecho ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que seas tú mismo, como árbitro y honorable escultor y modelador, quien puedas darte la mejor forma que elijas. Podrás entonces degenerar a la condición inferior de bruto, o podrás regenerar en la condición superior que es divina, extraída del juicio de tu ánimo.

¡Oh, suma liberalidad de Dios Padre, suma y admirable felicidad del Hombre, a quien le fue concedido ser lo que elija, ser lo que quiere ser! Las bestias traen consigo desde su nacimiento, al decir de Lucilius, “de las entrañas de su madre”, cuanto en su vida serán. Los espíritus supremos, desde su origen y por el resto de su existencia, tendrán el mismo futuro en la eternidad perpetua. En cambio, el Hombre fue dotado desde su nacimiento de las semillas de todas las formas y del germen vital de todos los genes por el Padre. Cualquiera que sea lo que el Hombre cultive desde la adolescencia, ese será el fruto que obtendrá. Si cultiva lo vegetal será una planta, si lo sensual, embrutecerá; si la celestial racionalidad evadirá lo animal, si la intelectualidad se convertirá en ángel e hijo de Dios. Y si ninguna de esta clase de criaturas lo satisface, podrá reencontrarse en el centro de su unidad, haciéndose uno con el espíritu de Dios, a la sombra solitaria del Padre, que está sobre todas las cosas, y así trascenderá todo lo creado.

¿Quién, entonces, no admirará nuestra naturaleza camaleónica? ¿O quien podrá admirar más a otro ser que no sea el Hombre? El ateniense Asclepio, al referirse a las posibilidades de transformación de nuestra naturaleza, argumentó acertadamente que el Hombre compartía con Proteo sus misteriosos cambios. Este es el origen de las célebres metamorfosis de los Hebreos y de los Pitagóricos [...]. v

“Para ti, en cambio, no habrá coerción irremediable, pues será tu propio arbitrio, que he puesto en tus manos, el que predefinirá lo que serás. Te he puesto en medio del mundo para que desde allí contemples, con comodidad, todo cuanto éste contiene”.

